ciopelo blanco y sus estambres de oro; su follaje, verde de esmeralda, presentaba un brío y un lustre extraordinarios, y formaba un árbol lleno de vigor y de belleza.

Gabriela, llevada de su pasión por aquellas flores, corrió gozosa hacia la maceta y se puso á contemplarla con sus manecitas juntas y con una expresiva mirada de cándida admiración.

A lo que veo, le gustan mucho á la señorita las flores—dijo el maestro señalando al duque la expresiva actitud de Gabriela.

—Ha recibido de su madre una rara predilección por las azucenas—respondió aquél; pero añadió:—¿Cómo es que los discípulos no rompen y destrozan al salir y entrar á la escuela estas hermosas plantas?

—Ellos son, por el contrario, los que me las regalan, señor duque, conociendo mi amor á las flores, y ellos también quien las cuidan.

—Que se las traigan á usted, lo comprendo; pero me extraña mucho que se las cuiden.

—¿Por qué razón?

—Hay en todos los muchachos tan grande afición á destruir...

—Mis discípulos la pierden muy pronto á mi

lado; ellos cuidan estas plantas con amor y hasta con orgullo; sólo los que son dignos de recompensa por su buen comportamiento bajan por las tardes á regar las macetas y remover la tierra que sirve de base á las plantas; nunca pueden pasar de seis, y, para lograrlo, sorteo los seis números; si vinieran más se armaría una algazara horrible y nadie se entendería.

—¡Oh, qué hermosas azucenas! —exclamó Gabriela dando por fin salida á la admiración que invadía su alma.

—Diré á usted, señorita, la razón que mi madre dá á su belleza, que es verdaderamente notable; esa maceta se riega con agua bendita.

—¡Cómo es eso!

—Está consagrada á la Virgen María como emblema de pureza y como holocausto de las niñas del pueblo; á ésta no llegan ni pueden llegar los muchachos; cada día bajan cuatro jovencitas y riegan la maceta con el agua sobrante en la pila de la iglesia, después de rezar delante de aquella santa imagen.

El maestro, al decir estas palabras, señaló á un ángulo del patio, en el cual aun no habían reparado ni el duque ni su hija; la admiración de Gabriela

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la creció aún al ver una mesita altar, cubierta con un paño muy blanco, y sobre ella, y bajo un dosel de tela de seda, deslucida ya por el tiempo, una primorosa imagen de la Virgen, de talla, con el niño Jesús en los brazos.

Dos candeleros de bronce, brillantes como el oro, sostenían dos bujías de rosada cera, rodeadas de unas arandelas de papel recortado, y colocados en dos jarros de loza blanca se veían dos hermosos ramos de azucenas.

—Esas flores son todas de esta maceta—dijo el maestro señalando las que adornaban el altar de la Virgen.—Porque da tantas, que cada dos días hay para renovarlas.

Y esto diciendo, el maestro empezó á subir la escalera, siguiéndole el duque y su hija, admirados en extremo de lo que veían y oían.

En efecto, ambos tenían motivos de admiración; el duque amaba á la virtud por instinto y también por naturaleza; pero jamás la había visto practicar bajo una forma tan bella ni había oído elogiarla bajo formas tan suaves, dulces y hermosas.

En cuanto á Gabriela, su tierna edad y el precario estado de salud la hacían aún mucho más niña de lo que podía esperarse; había pasado toda su

vida en la corte, y casi siempre doliente, y sólo hacía seis meses que vivía en aquel hermoso y casi agreste país, bien que sin tener contacto ni roce alguno con sus sencillos habitantes.

Así, pues, su alma inocente se abría ante aquellas risueñas y plácidas imágenes como se abre una flor en las horas de la mañana para aspirar el bienhechor rocío que sacude de sus alas la aurora.

Ella y su padre siguieron al maestro por la escalera, que era bastante ancha, limpia, blanca y alumbrada por anchas ventanas, que la prestaban gran claridad, aunque á la sazón, y sin duda como defensa del calor, estaban cubiertas con cortinas de estera.

Después de la escalera había un descansillo, é inmediatamente se entraba en la escuela.

Nada más hermoso, nada más limpio, nada más sano, en fin, que aquella vasta pieza, cuyas ventanas entoldadas de pámpanos y enredaderas caían al campo.

El pavimento, como el del patio, era de ladrillo lavado y fresco, y para que si conservaba algún resto de humedad de las abluciones diarias no dañase á los niños, se habían extendido todo al derre-

dor de la sala unas esteras de paja muy pobre, sí, pero muy limpias y muy frescas.

A un lado de la sala, y colocados en dos bancos bajos y cómodos, por estar forrados de vaqueta oscura, se hallaban los muchachos, que no pasaban de veinticinco á treinta; en el extremo superior de la fila, y sentado en un viejo y antiguo sillón, se veía un anciano venerable con vestido negro y cabellos blancos como la nieve.

Aquel era el padre del maestro. Era su figura noble, respetable y tan serena, que se echaba de menos en su ancha frente una corona de luz como las que adornan las cabezas de los santos que nos pintan muy ancianos; pero en cambio eran muy hermosos los rayos que se desprendían de sus ojos, animados aún é inteligentes, y de aquella cabeza cubierta de plata.

Vestía, lo mismo que su hijo, un pantalón de grueso paño negro, basto y muy usado, una levita también negra y muy larga, chaleco y corbata negros, zapatos de cordobán y medias blancas de exquisita blancura, lo mismo que su camisa de lino.

Aquel anciano atraía con una simpatía profunda por su aspecto dulce, honrado y distinguido; al ver entrar á su hijo acompañado del duque y de

Gabriela, se levantó un instante y volvió á ocupar su asiento, recobrando su postura decorosa y reposada.

El duque prosiguió mirando la escuela con curiosidad.

Al otro extremo de la sala, y sentadas en pequeñas sillitas de pino, limpio y blanco como la cera, estaban las niñas, ocupadas unas en hacer calceta y otras en coser camisas de lino casero; todas, lo mismo que los muchachos, vestían pobremente, pero con mucha limpieza.

Al frente de las niñas, sentada en otra silla mayor y trabajando activamente en una calceta de hilo blanco, se hallaba la madre del maestro.

Estaba, según había dicho su hijo, completamente privada de la vista, y se adquiría esta triste convicción al ver sus ojos claros y abiertos, pero fijos é inmóviles.

Era de poca menos edad que su marido, y aun se advertían en su rostro los rasgos de una admirable belleza; la vivacidad parecía haber sido la cualidad distintiva de su carácter en tiempos más felices; pero se conocía que el sufrimiento de su estado había llegado á dominarse por una perfecta conformidad cristiana.

La lucha del carácter con la forzosa inacción, el combate de aquella activa naturaleza con su gran desgracia, debían haberle originado crueles luchas, porque el sufrimiento se veía escrito en todas sus facciones con triste é imborrables caracteres.

Llevaba un vestido de indiana oscura de ramitos, del género más ínfimo y barato; un delantal negro de tela de seda, muy usada, y un pañuelo de bareg en el cuello, prendido sencillamente con largos alfileres de cristal.

Su peinado se recogía en bucles batidos á entrambos lados de su frente, recordando una moda ya lejana, pero que en su época sólo la habían usado las mujeres elegantes y distinguidas.

Sus manos estaban cuidadas y eran finas, algo demacradas y de corte delicado; su pie, del cual se veía una tercera parte, á lo menos, por debajo de los pliegues de su traje, debía ser pequeño y combado; todo en ella patentizaba, en fin, á la mujer de buena educación y de los más delicados instintos.

Aquella cabeza, que ya cubría la nieve de la vejez, se destacaba con una majestad imposible de describir de entre el grupo de cabecitas risueñas, frescas y rosadas de las niñas; parecía una gran

encina cubierta de nieve y plantada en medio de un risueño cuadro de pintadas flores.

Las niñas eran unas rubias, otras morenas, pero casi todas bonitas y graciosas.

En el testero principal, es decir, en el medio que formaban las dos filas de las alumnas y alumnos, había una mesa muy grande y muy antigua que contenía una paleta preparada con colores finos, un vaso con agua que sostenía algunos pinceles, un ancho pupitre, sobre el cual había un pequeño paisaje principiado á pintar, y una caja de cartón que contenía muchos más países concluídos.

Delante de la mesa estaba colocado el sillón del maestro, y entre la mesa y el anciano estaba sentado *Botón de oro*, el pobre niño recogido por la caridad del maestro.

Desde luégo se conocía, al verle, que traía su origen del Norte, según había dicho el maestro; decíanlo así también sus largos cabellos de un rubio vaporoso, sus rasgados ojos azules y la extrema blancura de su tez.

El resto de sus facciones ofrecía el modelo de una perfección infinita; tenía la nariz recta y delicadísima, la boca pequeña y sonrosada, la barba

partida por un gracioso hoyuelo, la frente ancha y despejada; su estatura era alta, esbelta, flexible como un junco; caían sus cabellos hasta sus hombros en copiosas ondas de seda, prestando á su pura fisonomía un encanto indecible.

El talento, el gusto inteligente del maestro se revelaban de una manera incontestable en el traje de *Botón de oro;* éste llevaba un pantalón y una graciosa blusa de cutí, muy barato, azul celeste, y una camisa muy blanca, cuyo ancho cuello se doblaba sobre el canesú de la blusa sujeto por una pequeña corbata de seda negra.

Nada podía cuadrar mejor á aquella fisonomía angelical que aquel risueño é inocente color.

Apenas el duque fijó sus miradas en aquella hermosa criatura, comprendió que era el protegido del maestro, y miró curiosamente sus manos.

Eran éstas muy pequeñas y no mal formadas; sólo sus dedos permanecían unidos por medio de filamentos invisibles, que los dejaban inmóviles para todo movimiento.

La pobre criatura sufría mucho con aquella desgracia, que le hacía inútil para todo trabajo, que le dejaba incapaz de ayudar á su protector, á quien tanto amaba.

Entre las dos grandes ventanas se veía un manucordio de forma muy antigua, pero grande y de buenas voces, que servía para dar lección á los discípulos de ambos sexos (*).

En fin, en cada uno de los rincones de la escuela había una enorme maceta de tierra que contenía un arbusto, cargado, no de flores, sino de fruta sazonada y deliciosa para el olfato y para la vista.

Había un guindo, dos manzanos y una pequeña higuera, y ésta era la única cuyo fruto se hallaba verde todavía á causa de lo poco adelantado de la estación.

El maestro ponía como adorno, á la vista de sus alumnos, aquella excelente fruta, porque decía que de ese modo la veían sin tocarla, por mucho que les gustase, y aprendían á respetar la propiedad y á no llegar á lo ajeno por ningún pretexto.

(*) Me ha parecido más decoroso, y, sobre todo, más verídico, el poetizar aquí la respetable clase de maestros de instrucción primaria, haciendo ver de cuántas mejoras es susceptible la educación en las aldeas, que imitar á Eugenio Sué, cuando dice que el maestro Claudio Gerard *barría la porquera del señor cura, abría las sepulturas* y *daba lección á sus discípulos en la cuadra;* estas exageraciones, que deploro en el malogrado Sué, por más que admire su talento, si son tolerables en Francia, no convienen de ningún modo á la dignidad de España, cuyo magisterio, si bien no muy ampliamente retribuído, vive con más decencia.

Un cuadro, que representaba á la Virgen subiendo al cielo, y sobre éste un hermoso crucifijo de gran tamaño, presidían la clase.

El duque y su hija permanecieron por algunos instantes mudos, estáticos de admiración ante aquella escuela modelo, aunque los dos por muy diferente motivo.

La niña admiraba aquel aspecto alegre, aquellos niños de ambos sexos, todos modestos, callados y atentos cada uno á desempeñar del mejor modo posible su ocupación.

Su padre estaba extasiado ante el triunfo de la inteligencia y de la virtud, que hacían casi un héroe de aquel humilde maestro de aldea.

La voz del mismo preceptor vino á interrumpir sus gratas meditaciones.

—Queridos míos—dijo con dulzura dirigiéndose á sus educandos:—enseñad vuestras planas de hoy á este caballero, que tendrá mucho gusto en verlas.

Los muchachos abrieron los pupitres de madera negra y encerada que, colocados en una larga mesa, tenían delante de sí, y sacaron sus planas, que colocaron sobre la misma y al alcance de la vista del duque.

Éste quedó admirado de la limpieza y gallardo carácter de la letra.

—Veo, padre mío, que hoy se han portado muy bien—dijo el maestro dirigiéndose á su padre;—á pesar de no estar yo á su lado, la escritura es digna de elogio.

—Lo mismo ha sucedido, pues, con las lecciones, José—dijo el anciano acercándose;—nada han dado que hacer, ni á mí ni á *Botón de oro* que, según costumbre, se las ha tomado todas.

—De ese modo habrá paseo con usted y conmigo, mi querido padre—repuso el maestro—y mi madre nos dará pan tierno y un buen pedazo de jamón, que comeremos en la pradera.

—¡Oh, qué gusto!—gritaron palmoteando algunos de los chicos; ¡qué gusto, ir á paseo con el señor maestro!

—¡Y con padre Matías!

Luégo, colgándose dos de los más pequeñitos de las manos del anciano, le preguntaron, alzando hacia él sus caritas rosadas:

—¿Nos contará usted un cuento, padrecito Matías?

—Ciertamente.

—Señor maestro ¿nos explicará usted algo de

historia?—preguntaron á su vez dos de los mayores.

—Con mucho gusto.

—¡Nosotras también hemos trabajado muy bien!—dijo algo mohina una de las niñas;—y si no que lo diga madre María.

—Tienen razón—repuso la anciana ciega.—También han trabajado muy bien, y es preciso darles algún premio.

—Bueno, dejarán la labor cuando yo me vaya á paseo con los niños, y bajarán á merendar cerezas y naranjas al patio, y á jugar, sin tocar, por supuesto, á las macetas.

—Gabriela será de la partida—dijo el duque, y luégo añadió:—¿No quieres, hija mía?

La niña hizo un alegre signo afirmativo.

—Pues que vaya *Botón de oro* á la quinta y que entregue á la señorita Mariana unas líneas de mi parte.

Y el duque se aproximó á una de las mesas de los muchachos, tomó un pedazo de papel y escribió lo que sigue:

«La señorita Mariana tendrá la bondad de mandar al despensero que arregle una cesta con algunas provisiones, y que la envíe con Pedro, el que

se vendrá con el niño portador de este billete; se advierte que los manjares han de servir para una merienda de niños.»

Salió *Botón de oro* con su misiva, y entre tanto el maestro se sentó delante del manucordio, é hizo señas á un niño como de diez años y á una niña de ocho para que se acercasen.

—Vais á cantar *El Nocturno*, hijos míos—les dijo—para que os oigan y os admiren este caballero y esta señorita; ea, pues, buen ánimo y desechad la timidez, porque sabéis que cuando queréis cantáis muy bien.

Los chicos, animados con este elogio, se sonrieron con satisfacción; preludió el maestro y empezó el niño la canción, que era de una melodía dulce y llena de encanto; la segunda estrofa la cantó la niña y luégo terminaron las dos voces con una pureza, con una ejecución admirables en tan tierna edad.

—¡Oh, qué hermosa música!—exclamó Gabriela enjugándose los ojos con su pañuelo de batista.

—¿Quién es el autor de esa bellísima melodía?—preguntó el duque.

—La he compuesto yo—respondió el maestro sin perder nada de su modesta gravedad.

—¡Es posible!

—Aprendí bien la música en mi juventud, y aun recuerdo algo de ella.

—¿Y la letra de esa canción?

—Es mía también.

—Pero, amigo mío, usted posee todas las habilidades y un mérito tan sobresaliente como jamás he hallado en ninguna persona.

—Yo creo, caballero, que el ser poeta no es un mérito—repuso el maestro—el poeta nace, por más que se aprenda el arte de hacer versos; inútil será que el que no ha recibido del cielo la luz divina de la inspiración se empeñe en ser poeta; nada conseguirá, porque aunque haga versos según las reglas de la rima y del arte, éstos serán insonoros y faltos de armonía.

—Es verdad, amigo mío; pero usted ha nacido con el dón inestimable de la poesía, lo mismo que la rosa nace con su perfume, con su armonía el arroyo y el ruiseñor con su canto; Dios se lo ha concedido, y usted lo tiene sin buscarlo y sin saberlo quizá.

—Eso que usted me dice, señor duque, es una verdad, y por eso no le doy gracias, aunque me sea muy grato el oirla de sus labios; soy poeta: no

puede ser otra cosa lo que me obliga á amar todo lo que es bello, bueno y noble, porque la poesía es el gusto por lo bueno y el amor hacia todo lo que es verdaderamente grande y sublime; pero, hijos míos, yo soy ahora ingrato con vosotros—añadió el maestro volviéndose á los dos niños que habían cantado y que no se separaban de su lado esperando su parte de elogios del maestro.—Habéis cantado como dos ángeles, y estoy muy contento de vosotros.

Los niños se volvieron á sus asientos llevando en los labios una sonrisa de cándido orgullo.

—Vamos ahora, si usted gusta, á ver el resto de mi casa, señor duque—dijo el maestro dirigiéndose al padre de Gabriela.

—Papá—preguntó ésta –¿quieres que yo me quede aquí con las niñas?

—Sí, querida mía—respondió su padre.—Quédate aquí, que yo vuelvo al instante.

Una de las educandas mayores trajo una silla para Gabriela, proporcionada á su estatura, y ella se sentó con tanta alegría y confianza como si fuese antigua amiga de todas aquellas niñas.

El duque de Miranda siguió al maestro al interior de la casa.

VI

Para llegar á las demás habitaciones era preciso salir de la escuela y volverse á hallar en el descanso de la escalera.

Allí se veía otra puerta abierta que mostraba una especie de antesala cuadrada, de pequeñas dimensiones y amueblada pobremente con algunas sillas de paja.

Aquella antesala conducía á las demás dependencias habitadas por el maestro y su familia, porque la escuela formaba un cuerpo del todo separado é independiente del resto del edificio.

La primera puerta que abrió el maestro fué la de una sala bastante capaz y que tenía una hermosa ventana cubierta por la parte exterior con una tupida estera, y por la interior con una blanquísima cortina de percal.

Aquel era el aposento de sus padres y el mejor ó quizá el único bueno de la casa.

Estaba amueblado según una moda antigua ya, pero con mucha limpieza, y con esa decencia que

anuncia tiempos pasados en una próspera y dichosa medianía.

Algunas sillas de alto respaldo y bajas de asiento, pintadas de verde y con dibujitos dorados, guarnecían la habitación; una mesa también dorada y verde de madera maciza y piés torneados ocupaba uno de los testeros principales, y en el otro se veía un inmenso sofá compañero de las sillas, y con almohadones de tela persa de algodón, encarnada, con ramitos blancos muy pequeños.

Una antigua papelera de caoba y un buró también de remota fecha, y ambos, con embutidos de bronce, lucían su gran magnitud y su admirable limpieza con una majestad serena y respetable; por último, un pequeño espejo apaisado, sostenido por dos gruesos cordones verdes de estambre y seda, estaba suspendido sobre la mesa, que sostenía un neceser antiguo y algunos juguetes de china de remoto origen.

En la alcoba, cerrada con cortinas iguales á los almohadones del sofá, había una gran cama de encina con un altísimo respaldo ó cabecera de madera que acababa casi en la forma de una pirámide, y en el cual había pintados amorcillos azules con

alas de color de rosa, ramos de flores amarillas y pajaritos dorados.

Aquel lecho, alto y mullido con esmero, estaba cubierto por dos sábanas de hilo blancas como la nieve y por una colcha de persa, hermana de las cortinas y de los almohadones del sofá, y coronado por dos almohadas grandes y tan blancas como las sábanas.

A los piés de la cama se veía un hermoso crucifijo rodeado de ramas de mirto y de laurel, y bajo éste una pililla de agua bendita.

El resto de la alcoba acababan de llenarle un gran ropero y dos baúles.

Nada más aseado, más digno, más respetable, por decirlo así, que aquella humilde habitación, en la cual dos ancianos venerables habitaban con los recuerdos de una larga vida pura é irreprensibles, porque sólo con verlos ó con mirar su habitación se conocía que su existencia había sido siempre un modelo de paz y de virtud.

Todo estaba en orden, todo limpio, todo hermoso, con el encanto del aseo, encanto el más poderoso, porque así como el alma se entristece al entrar en una habitación cubierta de polvo y abandonada á la incuria, así parece que se alegra cuando se entra en un recinto cuidado y agradable.

Algunas flores, colocadas en jarros de loza verde, y cortadas sin duda aquel mismo día, perfumaban agradablemente la habitación.

—Este es el cuarto de mis padres—dijo el maestro al duque—es lo mejor, ó, mejor dicho, lo único habitable que tenemos; pero estoy tan contento de que ellos estén bien, que me olvido de mí y no deseo más.

Diciendo estas palabras salieron de aquella habitación, y el maestro abrió otra puerta contigua, hallándose en una salita mucho más pequeña y humilde.

—Aquí habito yo—dijo aquél sin poder reprimir un suspiro—pasemos, si usted gusta, señor duque, ó retirémonos si no quiere molestarse en ver la celda de un pobre anacoreta.

—Por el contrario—respondió el duque—todo lo que le rodea á usted me interesa y me agrada, y mucho más ha de interesarme lo que le toca tan de cerca. Si no es indiscreción visitaré el aposento de usted como el de uno de los hombres más distinguidos y de más talento que conozco.

El maestro hizo un gesto de triste resignación y ambos entraron en la salita, que, según he dicho

ya, era de pequeñas dimensiones y estaba amueblada con mucha sencillez, ó más bien con bastante pobreza.

Algunas sillas ordinarias; un gran estante lleno de libros, manuscritos y pergaminos que atestiguaban la laboriosidad del maestro; dos caballetes, en los cuales había extendidos dos lienzos sin concluir; una mesa de madera negra con un pupitre encima y recado de escribir, y un sillón antiguo, componían su mueblaje.

La alcoba, pequeña, tenía una papelera y una cama también pequeña, de hierro, con ropas y cortinas blancas.

Pero lo que más llamó la atención del duque fué un cuadro que podría tener una vara de ancho por un largo igual, y que estaba encerrado en un rico marco de oro, al parecer, y de un maravilloso cincelado.

Aquel cuadro estaba cubierto con un crespón negro, y á su pie, y sujeto á un clavo con un cordón de seda, había una rama de azucenas marchitas y ya del todo secas.

El duque comprendió al instante que aquel crespón y aquellas flores marchitas encerraban una historia de lágrimas, y no se atrevió á preguntar

nada; pero la atención con que lo miraba fué advertida muy pronto por la perspicacia del maestro.

—Veo, caballero—dijo con una triste sonrisa—que ese cuadro velado excita la curiosidad de usted, y voy á satisfacerla en lo que puedo.

—¡Oh, suplico á usted que nada me diga!—interrumpió el duque.—Yo he entrado en esta habitación casi contra la voluntad de usted, y sentiría que pensase me había movido á ello el deseo de penetrar indiscretamente sus secretos: nada debo y nada quiero saber.

—No seré yo tampoco quien descubra un secreto que no es mío solamente—repuso el maestro;—pero algo de él sí le puedo confiar: ese cuadro es un retrato... el de la mujer que amé y cuyo recuerdo está aún en mi corazón, á pesar de hacer doce años que ella misma rompió los lazos que nos unían... pero como para mí ha muerto, he extendido sobre su imagen ese fúnebre crespón...

La voz del maestro era sorda y oprimida; el duque le miró con una compasión profunda, y luégo le preguntó:

—¿Ha muerto efectivamente?

—No, señor; aun pertenece al mundo de los vivos.

Salió el maestro dicho esto, y el duque le siguió, pasando al instante al cuartito, ó, mejor dicho, al nido que ocupaba *Botón de oro*, y el cual estaba al lado del de su protector.

Era un gabinetillo angosto y largo, pero lleno materialmente de dibujos pegados á las paredes, de flores desecadas sobre una mesilla entre hojas de papel blanco y rodeado de macetas pequeñas.

La camita era propia para un niño de doce años, pequeña y cubierta de blanco.

—Yo cuido de esta habitación—dijo el maestro al duque —porque esa pobre criatura está condenada á una inacción tan completa como desesperada; la carta que usted ha enviado á la quinta he tenido yo que colocarla en uno de los bolsillos interiores de su blusa, y tendrá que tomarla de él la persona que haya de leerla.

—¡Oh, qué desgracia!—exclamó el duque con tristeza: y, sin embargo, en el semblante de ese niño hay más bien una paz celestial que la menor señal de desconsuelo ó de tristeza.

—Gracias á los consuelos de nuestra santa religión, caballero, que yo no dejo de prodigarle; á no ser por ella se hubiera muerto de desesperación ese pobre niño; afortunadamente su alma es muy

noble, y su inteligencia elevada recibe y absorbe todas las impresiones buenas y bellas que se le imprimen; la vista de las nobles artes le entusiasma, y en ellas hace cuanto es posible ejecutar con la inteligencia y sin el auxilio material de las manos; hace excelentes versos y canta perfectamente.

—¿Cómo se llama? ¿Es posible que sólo se le conozca por su apodo?

—Nada hay más cierto: era tan pequeño cuando yo le encontré, y su lengua, en lo poco que hablaba, era tan extraña—ya he dicho que debe haber nacido en Suecia ó Noruega—que no pudimos comprender nada acerca de su nombre por sus inarticulados sonidos; pero el señor cura, al echarle el agua de socorro, pues tampoco teníamos la seguridad de que estuviese bautizado, le puso bajo la protección del ángel Gabriel, por la analogía que halló entre su bello rostro y su serena figura y la de aquel celeste espíritu.

—¿Luego se llama Gabriel?

—Sí, señor.

—Tiene un título más á mi cariño, por el hecho de llevar el nombre de mi hija—dijo el duque;—pero vamos á encontrarle, porque ya me figuro que debe haber vuelto de la quinta.

—Ya no hay en esta casa más dependencias que la cocina, una alcoba para la mujer que nos sirve y un pequeño cuarto para guardar las provisiones—dijo el maestro;—así, pues, podemos volver á la escuela.

Hiciéronlo así, y al entrar en ella vieron á Pedro custodiando una enorme cesta y á *Botón de oro* que había vuelto á ocupar su asiento, inmediato al del maestro.

—Veamos lo que ahí te han puesto, Pedro—dijo Gabriela, que había esperado la llegada de su padre para formular esta petición.

El lacayo abrió la gran cesta y Gabriela hizo una señal á los discípulos y educandas para que se acercasen.

Todos y todas la obedecieron, como una bandada de palomas que fuesen á echarse sobre un campo de flores, y rodearon la cesta.

Contenía en su anchuroso seno un enorme trozo de jamón dulce, algunos pasteles, cuatro tarros de almíbar, dulces secos, queso de Holanda y toda clase de frutas, así secas como de la estación.

Los niños de ambos sexos dieron gritos y palmadas de alegría.

—No puedo resolverme á reprenderles su inocente regocijo—dijo el maestro.—Hay aquí manjares que los pobrecillos ni siquiera han visto en su vida.

—Pedro—dijo el duque.—Haz de esas provisiones dos partes iguales; la una déjala en el cesto y acompañarás con ella á este caballero y á los niños; de la otra esta señora dispondrá para la merienda de las niñas.

Pedro tomó con su cesta el camino de la cocina, y la anciana ciega le siguió con rara agilidad para hacerse cargo y guardar la parte destinada al bello sexo de la golosina de la criada, que era una muchacha campesina y ordinaria.

—Quédate aquí, hija mía, que al anochecer vendrá Mariana á buscarte—dijo el duque á su hija.—Merienda y juega con las niñas.

Gabriela se volvió con sus compañeritas y el duque alargó su mano al maestro con una emoción que en vano procuraba dominar.

—Adiós, amigo mío—le dijo;—hasta que he visto á usted ignoraba cuánto de hermoso, de dulce, de poético hay en la virtud; mi hija vendrá á su casa de usted para aprender á ser buena, dulce, sufrida en la desgracia que la ha enviado el cielo, y en la que quizá le deparará quitándole á su madre; yo le

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ruego á usted que, en unión de esa excelente joven, que está también encargada de educarla, la reprenda y la enseñe *lo que no sabe.*

—Yo lo haré, señor duque—repuso el maestro.—Esas palabras son mi lema y mi norte: *enseñar al que no sabe,* sea cualesquiera su edad y condición, porque creo que es una obra de misericordia sublime y que todos deberían practicar. Pero no puedo consentir en que usted se aleje sin haber oído cantar á Gabriel; es una maravilla tan grande, que no creo tenga igual en ninguna parte.

Esto diciendo, el maestro volvió á sentarse delante del manucordio, é hizo una seña á su protegido, que se acercó modestamente.

—Canta la *Despedida del mundo,* hijo mío—le dijo el maestro con el tono bondadoso y paternal que usaba con todos sus discípulos.

Y preludiando en seguida acompañó con exquisito gusto á Gabriel la siguiente canción:

¿Por qué si es la vida triste
sentimos abandonarla,
cuando en los cielos descanso
han de encontrar nuestras almas?
Todo en la tierra perece,
todo las leyes acata

de ese Criador Supremo
que como Padre nos ama.
Un día viven las flores,
y sus espumas de plata
sólo nos muestra la fuente
en la primavera plácida.
No lloremos, pues, las penas
que en este valle de lágrimas
nos hieren, pues es un día
lo que dura nuestra estancia.
Yo veo á la torva muerte
alzar su fiera guadaña
sobre mi infantil cabeza
sin que se turbe mi calma.
Adiós, mundo: en tus umbrales
apenas senté mi planta,
pero ya columbré el cielo
entre nubes de esperanza.
Y hoy miro que tras sus nubes
el Dios de bondad me llama,
para dar á mi inocencia
de las virtudes la palma.

Calló el niño y aun parecía escuchar el duque el eco de su voz mucho tiempo después de terminada su canción, y aun miraba su celestial figura iluminada con los rayos de la inspiración; sus ojos, elevados al cielo, su celestial sonrisa, todo decía bien claro que aquella criatura extraordinaria y de tan

precoz y elevada inteligencia sentía lo que cantaba y lo sentía igualmente que cuando lo había escrito.

—¡Esto es un prodigio!—exclamó el duque abrazando á Gabriel. Luégo continuó dirigiéndose al maestro y sin soltar á *Botón de oro,* que estaba admirado:

—Me ha hecho llorar, amigo mío, porque me ha recordado á mi pobre moribunda, que quizá á estas horas se despide del mundo y de mí... ¡Ay, quiera Dios que aun llegue á tiempo de cerrar sus ojos!

El duque se despidió del maestro y de sus padres hasta su próxima vuelta; abrazó á su hija y se volvió á su quinta para acabar de poner en orden sus asuntos y papeles ante de marchar á Italia.

Gabriela pasó una tarde deliciosa; merendó muy bien con las niñas y jugó con ellas, hasta el anochecer, que fué á buscarla Mariana, y ambas se volvieron con Pedro á la quinta.

VII

El duque marchó á la mañana siguiente y á una hora en la que aun dormía su hija, pues no quería contristarla con una despedida.

Cuando se despidió de Mariana la estrechó la mano con afecto y la dijo:

—Amiga mía, ruego á usted que emplee ahora con mi hija más cuidado, más cariño que nunca; sólo el interés de usted la queda; pero perdóneme usted—continuó al ver la expresión del pesar retratarse en las facciones de la joven aya.—Sé que este ruego es una ofensa para usted, tan buena, tan tierna, tan afectuosa. Yo sé que mi Gabriela será feliz.

—Lo será en cuanto de mí dependa, señor duque—respondió Mariana.

—Déjela usted ir todos los días á la escuela, Mariana—dijo el duque;—en esa humilde casa del maestro se encierran tesoros de virtud y de inteligencia; usted misma puede buscar al lado de esa respetable familia algunos ratos de solaz y compañía.